

CAPÍTULO 11: EL HOMBRE DEL BOMBÍN.

Al final, el día fue más duro de lo que Gabi creía. Los dos o tres kilómetros que Javi había prometido se habían convertido en unas cinco horas caminando, aunque Gabi tenía que reconocer que el camino había merecido la pena, a pesar de haberle costado.

Una de las primeras cosas que acordaron cuando decidieron pasar una semana juntos tras el verano era que fuese un plan al que todos pudiesen apuntarse. Elegir destino no fue sencillo...

En primer lugar, Elvira y Adolfo tenían que poder llegar desde Reino Unido, por lo que el plan, que originalmente había sido pensado para principios de junio, tuvo que retrasarse hasta agosto, fecha en la que consiguieron vacaciones. Para el resto el tema de las vacaciones no era tan complicado: muchos habían perdido su trabajo, a otros les habían retrasado las oposiciones, etc. Los afortunados que conservaban su puesto habían trabajado tanto los últimos meses que el problema no era tener días de vacaciones, era tener gente con

quién gastarlos. Al final, el mayor conflicto estaba claro: el dinero. Por eso se decidieron por una ruta por Sierra Nevada. Los alojamientos tenían un precio asequible, los paisajes eran increíbles y hacía mucho que no hacían rutas por allí. Algunos de ellos conocían bien la montaña, y el resto habían hecho rutas por allí en más de una ocasión. El único requisito, una vez elegido el destino, era no hacer rutas muy duras, puesto que no todos tenían el mismo fondo físico.

Aunque el primer día se había quejado más, Gabi siguió el ritmo y, por hacerse a la idea, preguntaba cada mañana, pero al final tenía que reconocer que lo estaba disfrutando.

Aquel día había caminado hasta llegar al Refugio del Puntal. Una vez allí, las vistas de la sierra eran espectaculares.

—Anda Gabi, ¡te quejarás! No hemos andado nada...

—Bueno, he creído en un par de momentos que iba a morir, pero como tengo una forma física envidiable, he salido victorioso. Ya sabía yo que no podía fiarme de ti, Javi. La última vez que estuvimos en la sierra recuerdo andar como para morir...

—Aquella vez es que subimos al Mulhacén y con poca agua, punto número uno. Punto número dos: subimos y bajamos en dos días. Que no es mucho, pero con el poco fondo que teníamos... —agregó Vicky.

—Yo recuerdo que me dolían tanto los gemelos por la tarde, mientras subíamos al Mulhacén, que pensaba que me iban a explotar —esta vez era Mónica, la muchacha pelirroja, la que hablaba, al tiempo que soltaba en el suelo la pequeña mochila que llevaba.

—De hecho, dormimos en el mismo refugio, ¿no? —preguntó Manuel.

—No, nos quedamos en un refugio distinto, pero dormir, lo que se dice dormir, dormimos poco... —replicó Marta, con una sonrisa pícaro.

—¿Por? No me acuerdo de nada, ¡qué memoria tienes, hija!

—Ay Gabi, ¡pero si tú estabas a mi lado y no pegaste ni ojo!

—Tía, ¿en serio? Pero, ¿por qué? ¿Por el frío?

—¡Qué coño! Si fue en verano... Fue por la historia aquella que nos contaron, la del tío del traje y el bombín. ¿No os acordáis?

—Yo sí me acuerdo —dijo Javi, riéndose a carcajadas.

—¡Qué cabrón! Si la contaste tú... —replicó Marta, irritada por la risa burlona de su amigo.

—¡Ay, cuéntala otra vez! ¡Que yo no me acuerdo!

—No, Vicky, que Gabi y yo nos pasamos la noche en vela otra vez...

—Ay, amiga, me están viniendo imágenes de esa noche. Tranquila, pasaremos la noche en vela juntas —respondió el chico, agarrando la mano a su mano y haciéndose el valiente.

—Verás, maricón, otra noche las dos necias con los ojos como un lémur puesto de crack.

—Venga, luego os la cuento —prometió Javi.

—No, luego no, maricón. Vale que aquí Marta y yo nos hagamos las valientes, pero cuéntala ahora que se me olvide de aquí a la noche, que luego me cago vivo...

—¿Ahora? ¿En serio? La otra vez tuvo más gracia, os la conté en el refugio de la Caldera, que por la noche da más mal rollo— explicó Javi, mirando al resto.

—Venga, sí, que luego los niños lloran, se ponen pesados y nos dan la noche, gordi —ordenó Vicky, riéndose de Gabi y Marta.

—¿Aquí? ¿En serio?

—¿Y si subimos al otro refugio? —propuso Mónica, divertida ante la cara de terror de Gabi al pensar que tenía que andar más.

—¡Ni de coña! Acepto la historia del señor asesino, pero lo de andar más hoy no —dijo el muchacho, tratando de eliminar la idea de seguir caminando.

—Ay, ya que estamos en la Alpujarra podíamos subir de nuevo al Mulhacén...

—A ver, Mónica, que tú eres una vikinga, pero yo lo mismo me muero. Mira, os propongo una cosa, y nunca creí que estas palabras salieran de mi boca... Hoy Javi nos cuenta la historia aquí y, si queréis, subimos al Mulhacén mañana y dormimos en

el refugio ese del infierno. Pero hoy todo no, que una ya tiene una edad... —Gabi, arrepintiéndose al segundo de lo que acababa de proponer creyendo que sus amigos se negarían, vio como las caras de todos y cada uno de ellos se iluminaban al escucharlo—. Vale, la idea era que me dijeseis que no ibais a volver a andar tanto, no que se os encienda la cara de felicidad...

—Venga, pues hoy historia y ya por la noche organizamos la subida al Mulhacén de mañana —propuso Mónica, emocionada.

El grupo de amigos se sentó y trató de ponerse cómodo, formando un círculo alrededor de Javi, que parecía una especie de maestro de ceremonias.

—A ver si me acuerdo... —comenzó—. Cuentan que, en las noches más frías en Sierra Nevada, los montañeros temen los caminos por si se encuentran con el hombre del traje y el bombín.

—Ay, míralo, que fashion él. Por el monte en traje, cómodo ante todo —ironizó Gabi.

—¡Shhhh! ¡Qué nos cortas el rollo! —protestó Manuel.

—Ay, perdón, es que me pongo nervioso y no puedo cerrar la boca.

—Sigue, Javi. Marta, tápale la boca al “*cagao*”... —ordenó Mónica.

—Algunos, según cuentan las gentes de las Alpujarras, han llegado a desaparecer al cruzarse con este misterioso hombre. Nadie sabe quién es, cómo se llama ni cuántos años tiene. De hecho, los habitantes más viejos de la montaña cuentan que ya se hablaba de ese hombre cuando ellos eran niños, por lo que algunos piensan que es el mismísimo diablo. Según dicen, si el hombre del bombín se cruza en tu camino mientras paseas por Sierra Nevada, sólo la suerte podrá salvarte. Algunos afirman que, si lo saludas, el hombre del bombín notará tu presencia y, entonces, acabará con tu vida. Otros, en cambio, dicen que si decides ignorarlo, ofenderás al mismísimo diablo y, sin remedio, éste acabará contigo de la manera más cruel posible. Se dice que algunos han podido esquivarlo, escondiéndose en cuevas y grutas naturales para escapar de él, y que son ellos los que han

podido contar que, si el hombre del bombín se cruza en tu camino, sólo la suerte podrá salvarte...

—Vaya mojón de historia... ¿Por esto os pasasteis la noche en vela? Vaya dos valientes... —esta vez era Juanan el que hablaba.

—Ay, pues a mí me da canguelo... Es cierto que la parte del traje y el bombín no la recordaba y da más risa que miedo, pero el resto da miedito —se defendió Marta—. Como me cruce con alguien voy a ir cagada, que lo sepáis.

—Tía, pero si no hemos visto a nadie en todo el día. Además, ya te han explicado que el diablo es malo, es cruel, es sanguinario, pero, ante todo, es elegante. Ya sabes, si te cruzas a alguien y no va de Armani, relaja la raja que no va a matarte —bromeó Gabi.

El resto de los amigos rompieron a reír, y comenzaron a hacer bromas sin cesar durante lo que quedaba de tarde. A primera hora de la tarde, poco después de haberse comido los bocadillos que habían llevado, comenzaron el camino de

descenso para volver a Soportújar. Al caer el sol, el grupo de amigos ya divisaba a lo lejos la fachada de la casa.

La primera en ver a Stinky fue Mónica, que lanzó un grito de sorpresa.

—¡Cómo coño ha llegado el puto payaso hasta ahí! —chilló histérica al ver al payaso ante la puerta de entrada de la casa.

—Ay, por favor... Si al final vamos a tener que tenerle más miedo al payaso que al viejo del bombín —bromeó Gabi, nervioso.

—A tomar, por culo, estoy hasta las narices del muñecajo este... —Juanan se acercó al muñeco, lo cogió con rabio y lo lanzó con fuerza hacia el exterior de la parcela...

—Cómo lo volvamos a ver, ya os digo que mañana sube al Mulhacén la mismísima Beyoncé... Vamos, ¡me falta tiempo para salir por patas!

—Gabi, como lo volvamos a ver, ya te digo yo que no vas a ser el único en salir por patas —añadió Marta, asustada por la aparente capacidad de trasladarse del payaso.

El grupo de amigos entró en la casa, temiendo encontrar algún hecho extraño adicional que explicase cómo era posible que Stinky hubiese escapado del mueble en el que Mónica lo había guardado. Para su sorpresa, no había ningún indicio de que en la casa hubiese ocurrido nada, lo que produjo que el misterio del payaso Stinky se acrecentase.